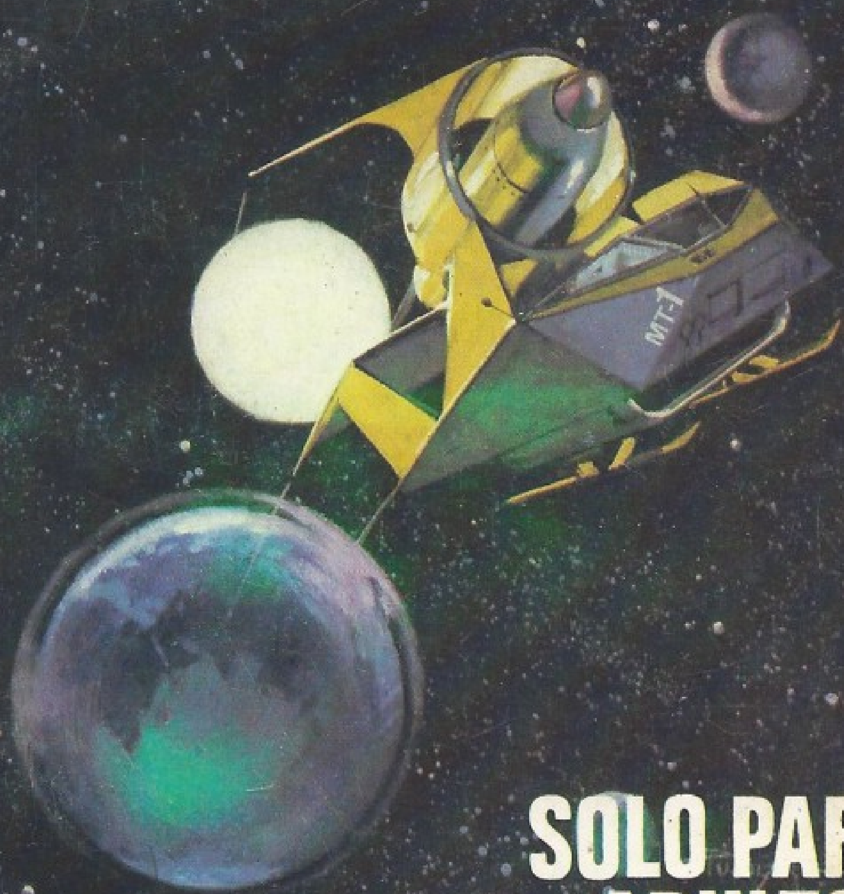
héroes del ESPACIO

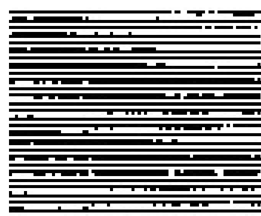
·NOVELAS ECSA

EL NUEVO GENESIS

ROCCO SARTO

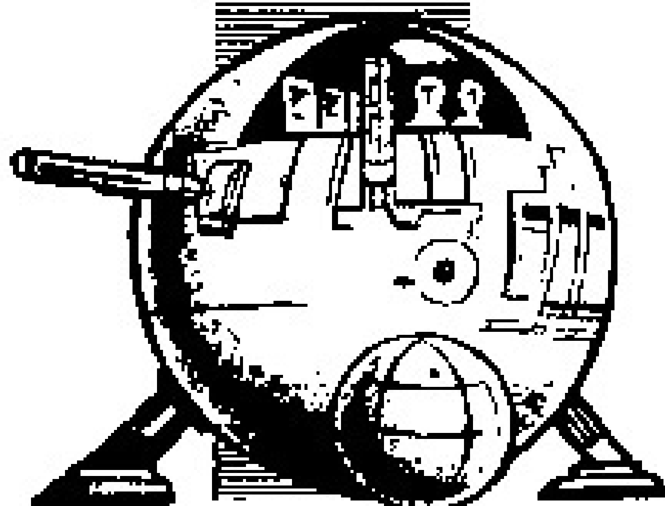


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

40. — Vagabundo del tiempo. — *Rocco Sarto*.

41. — Planeta hambriento. — *Joseph Berna*.

42. — Tempestad en el cosmos. — *Clark Carrados*.

43. — El futuro ha muerto. — *Law Space*.

44. — La guerra del cabo Funker. — *Adam Surray*.

ROCCO SARTO

EL NUEVO GENESIS

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 45
Publicación semanal

EDICIONES CEBES, S. A.
AGRAMUNT, 8- BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 38.705 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 23

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El general Jackson y la comitiva científica se hallaban de pie en medio de la sala de sesiones.

A través del ventanal, tras ellos, el río Hudson parecía un sinuoso congrio oscuro bajo el cielo gris.

La sala de sesiones del Departamento Militar de Investigaciones Espaciales era amplia y confortable. Una gruesa moqueta de color verde seco combinaba perfectamente con el revestimiento de madera que cubría las paredes. Una mesa larga y lustrosa con dieciocho sillas forradas de piel y la decoración discreta y sobria le conferían una atmósfera de recogimiento y seriedad.

La puerta de la sala se abrió y un ujier, impecablemente uniformado, dijo en voz alta:

—¡El comandante Richard Jensen!

Y se hizo a un lado para permitir el paso del aludido.

Un hombre muy alto, de cabellos negros y cortos, entró en la sala de sesiones.

Todos lo miraron con atención.

Tenía un rostro duro y cuadrado. Junto a la nariz nacían dos profundas arrugas que se perdían más allá de la comisura de los labios. La mandíbula recia y levemente proyectada hacia adelante le confería una expresión marmórea en la que se plasmaba una enorme decisión.

Los ojos negros y profundos escrutaron a aquel comité de recepción durante un segundo. Un brillo furtivo cruzó por sus pupilas antes de llevar la mano derecha a la frente con un gesto veloz y seco.

—Comandante Richard Jensen, Cuerpo Especial, Investigación Aeronáutica —dijo mecánicamente con su voz profunda y agresiva.

—Tome asiento, comandante —sugirió el general Jackson, señalándole una silla junto a la brillante mesa de sesiones.

Todos se sentaron.

Además de Jensen y el general, había seis personas en la estancia.

—Comandante, estos señores trabajan en un proyecto de la

NASA. Son científicos civiles contratados por el ejército de Estados Unidos. Usted responderá a sus preguntas. Le ruego que sea paciente, ya que tal vez las preguntas a que le sometan le resulten pueriles o… digamos… raras. ¿De acuerdo?

La voz del general Jackson terminó la frase con un tono alentador, como si él mismo fuese a ser interrogado por aquellos personajes.

—De acuerdo, general —replicó Jensen.

—Bien. Señores —dijo entonces, volviéndose hacia el grupo de científicos—, el comandante Jensen está a vuestra disposición.

No había habido presentaciones.

Jensen estaba acostumbrado a este tipo de reuniones. Jamás hacía preguntas innecesarias ni sentía curiosidad por la identidad de los funcionarios —civiles o militares— que solían entrevistarlo.

—Richard, permítame que le llame así, quiero que sepa desde ya que esta reunión es altamente secreta. Mi nombre, para usted, es el de doctor Murray y seré quien le interrogue.

—De acuerdo, doctor —replicó nuevamente.

—¿Nombre?

—Richard Jensen.

—¿Cargo militar?

—Comandante de vuelo, clase «A» Especial.

—¿Edad?

—Treinta y seis años.

—¿Estado civil?

—Soltero.

—¿Profesión?

—Ingeniero aeronáutico.

—¿Es usted un hombre de acción?

—Siempre que las circunstancias lo exijan.

—¿ Suele tener miedo?

—Sí, señor.

—¿Vive solo?

—Sí, señor.

—¿Suele pasar temporadas acompañado de alguna mujer?

—Sí, señor.

El doctor Murray hizo una pausa.

Junto a él había un hombrecillo delgado y miope que miraba

desdeñosamente a Jensen. Tenía el cabello rubio y lacio caído sobre sus gruesas gafas y los labios finos se curvaban continuamente en una mueca despectiva.

Jensen lo miró fijamente y luego apartó sus ojos de él. Era esa clase de tipos autosuficientes y pedantes, de piel sonrosada y ojos transparentes. Un verdadero reptil.

El reptil habló.

—¿Cómo son sus relaciones sexuales?

—Excelentes, señor… —replicó Jensen algo divertido.

—Mi nombre es Gerald, doctor Gerald —dijo el rubio.

Se quitó las gafas y sus ojillos porcinos se entrecerraron procurando enfocar a Jensen por medio del esfuerzo estéril de sus músculos oculares.

—Relaciones sexuales excelentes… —repitió Gerald con una sonrisa cínica—. Dígame, comandante Jensen, ¿ese veredicto es suyo o tal vez se ha visto confirmado por alguna mujer?

Había una marcada intención de provocarle.

Jensen lo pasó por alto sin esfuerzo; aquel personaje desagradable y lampiño estaba cumpliendo su papel.

Querían probarlo.

—Doctor Gerald —dijo entonces—, mi certeza respecto a mi vida sexual es tan válida como la suya en cuestiones menos prosaicas.

El hombre se ruborizó levemente y luego sonrió.

—He terminado —dijo entonces.

El doctor Murray volvió a interrogarlo.

—Corríjame si me equivoco -—pidió comenzando a leer un expediente que ostentaba el título de «Confidencial»—. Richard Percy Jensen, nacido en Nueva York en el año 1980, licenciado en Ingeniería Aeronáutica en el año 2003. Soldado profesional. Treinta misiones espaciales exitosas. Ascendido y condecorado. Comandante de vuelo, clase «A» Especial, es decir, facultado psico-somáticamente para cualquier tipo de misión. Durante los últimos seis meses ha sido entrenado exhaustivamente para una misión muy secreta. Su calificación es la más alta que hemos logrado obtener.

Una expresión de asombro cruzó el rostro de Jensen y no pasó desapercibida para el doctor Murray.

—Entrenamos a seis hombres por separado, comandante —dijo Murray, adivinando la pregunta que estaba elucubrando Jensen— y

ha sido usted el elegido.

—¿Elegido para qué, doctor?

Murray miró a sus colegas y luego al general Jack-son.

—Adelante, doctor —dijo Jackson.

—Comandante, la idea es la siguiente. Lo encerraremos durante noventa días en una cápsula especial, recién perfeccionada, y estudiaremos su comportamiento vital.

—¿Cuál es el misterio? —preguntó Jensen.

—¿Misterio? —dijo Murray.

—Doctor, he hecho cientos de experimentos científicos para la NASA. Lo que usted acaba de decirme no exige un entrenamiento intensivo y durísimo de seis meses de duración.

—Tiene razón —convino el doctor Murray—. El hecho es que usted permanecerá durante noventa días dentro de una cabina exactamente igual a la que se montará en el Tritón para su primer viaje intergaláctico de fines del año próximo.

Jensen continuaba esperando que Murray le revelara qué había de diferente en aquella propuesta rodeada de misterios y sistemas de seguridad.

—Conozco el proyecto del Tritón —dijo Richard.

—Lo sé, pero no conoce el sistema que emplearemos para que el cuerpo humano no sufra alteraciones durante un viaje que puede durar, en términos terrestres, cientos de años.

—Dígamelo —dijo Richard.

—Comandante, usted será congelado a temperaturas Inferiores a los cuarenta grados bajo cero durante noventa días.

Richard Jensen sonrió para sí mismo y sus labios se distendieron involuntariamente, profundizando las oscuras arrugas que surcaban sus mejillas.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó.

CAPITULO II

Se introdujo con dificultad en la cápsula transparente.

Llevaba un mono plástico especialmente diseñado para su cuerpo y una extraña escafandra ovalada que lo aislaba de la atmósfera de la cabina.

Cuando estuvo acostado en la cápsula, el doctor Murray se aproximó a él y ajustó a su cintura dos tubos elásticos unidos al grupo electrógeno y a la alimentación de congelante. Los dos sistemas estaban controlados por una computadora exclusivamente programada para él.

—Estarás a salvo de cualquier accidente, Richard —le había dicho Jackson—. Ni siquiera una guerra nuclear podría afectar tu cápsula. Te vigilaremos continuamente, segundo a segundo, y luego, al cabo de noventa días te resucitaremos. El análisis completo de las consecuencias sufridas por tu cuerpo llevará treinta días más. Serás el primer iceberg humano.

—Dígame, general —le había preguntado entonces—, ¿por qué se interesó tanto el doctor Gerald por mi vida sexual?

—Oh, por nada en especial. Sólo pretendía irritarte; sin embargo, reaccionaste como esperábamos. Era una especie de test, ¿comprendes?

—¿Y qué ocurrió con los demás candidatos?

—Bueno, un ochenta por ciento fue descalificado durante el proceso de entrenamiento.

—¿Y el otro veinte por ciento?

—Eres tú.

* * *

Ahora, mientras sentía cómo sus procesos mentales iban aletargándose por efecto del sedante que había ingerido, reflexionaba sobre la conversación sostenida con el general. No había creído ni por un instante que él fuera el único candidato.

Dejó de pensar.

Una sensación maravillosa trepó por su cuerpo quieto y se

extendió suavemente por sus músculos.

El cerebro se deshizo en una nube de color pastel y la somnolencia helada creció en su carne detenida.

Perdió el conocimiento.

* * *

—¿Listo? —preguntó el general.

—Listo —replicó Murray.

—Ahora todo está en manos de la computadora. Mirad, los sensores ya han comenzado a registrar las variaciones vitales.

—Es como si hubiera muerto —dijo el general.

—Esa es precisamente la idea —comentó Murray con los ojos clavados en la pantalla de la computadora.

—Bien, caballeros, creo que ya está todo en marcha. No hay más que yo pueda hacer, de modo que vuelvo a Washington. Si se presenta alguna dificultad ya saben dónde localizarme. Buenos días.

—Adiós, general. Lo mantendremos informado —saludó Murray.

Gerald le estrechó la mano.

—No se preocupe, general. Lo mantendré intacto a fin de que pueda regresar a sus «excelentes relaciones sexuales» —bromeó el hombrecillo rubio.

Cuando Jackson atravesó la puerta del laboratorio su rostro era una máscara endurecida y conflictuada,

En esos momentos, Richard Jensen, el mejor hombre de la Clase «A» Especial, podía estar muriéndose lentamente, helándose, convirtiéndose en uno de aquellos enormes mamuts prehistóricos conservados en Siberia durante siglos dentro de fantasmagóricos bloques de hielo.

* * *

El automóvil llevaba dos banderillas de Estados Unidos y se desplazaba a gran velocidad por la autopista precedido de un motorista del ejército.

El general Jackson había optado por hacer el viaje a Washington en coche, ya que de ese modo, como le ocurría desde que el Pentágono lo designara oficial de enlace con las fuerzas de la NASA

y el personal civil, el general podía reflexionar.

Al despuntar el siglo XXI las guerras convencionales habían agotado sus posibilidades militares. Las dos grandes superpotencias se dividían claramente el mundo y pugnaban por obtener mayores éxitos en el espacio, llevando la monstruosa competencia nuclear al ámbito exterior, lidiando como ancianos gigantes legendarios que hubiesen cambiado sus terribles garrotes por una sofisticada red de productos tecnológicos.

El sol comenzaba a perder nitidez en el horizonte y durante un largo momento el general Jackson sintió una paz infinita y vivificante. Allí, en medio de la autopista, en el cómodo y amplio automóvil, parecía flotar entre dos mundos. De una parte, el mundo de la responsabilidad, el ejercicio del poder y la opresión tecnológica. De la otra, el universo eterno y recurrente que simboliza cada día y sistemáticamente el crepúsculo encendido, la fuga pálida del sol.

El chófer lo miró por el espejo retrovisor.

Hacía años que había sido asignado al servicio personal del general y sentía por él un gran respeto.

—General, el motorista nos hace señas —dijo entonces.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, parece un accidente; pero todavía nos hallamos muy lejos.

El general miró hacia adelante y vio al motorista que comenzaba a agitarse sobre ¡a moto para luego perder el equilibrio y salirse de la autopista.

—¡Dios mío! —gritó el chófer—. ¿Qué es esto?

El cuerpo del motorista salió despedido de la motocicleta y cayó varios metros más allá de la barrera de protección en que había quedado enganchada la moto.

A lo lejos se veía una enorme cantidad de vehículos amontonados como si hubiesen sufrido un choque colectivo.

Algunos ardían y las llamas señalaban con precisión el amasijo de hierros contra el cielo anaranjado de la tarde.

—¡Detén el coche, Harry! —ordenó el general.

—No puedo —replicó el chófer—. No puedo conducirlo, no responde... ¡He perdido el control!

—¡Harry!, ¿te has vuelto loco? —gritó el general Jack-son

estirándose hacia el hombre que conducía el vehículo y sacudiéndolo por los hombros.

—General..., me siento...

El general supo a qué se refería. El mismo sintió que su vista se obnubilaba, el cuerpo se insensibilizaba rápidamente y sus músculos perdían el tono.

Antes de perder el conocimiento su cerebro captó con pasmosa seguridad una idea que había ido elucubrando durante los últimos meses: la idea de que tal vez, en otro sitio del espacio infinito hubiese alguien o algo dispuesto a iniciar el mismo viaje expedicionario que la NASA estaba preparando en la Tierra.

Mientras el coche estallaba contra la barrera de seguridad a pocos metros de donde se encontraba la motocicleta destrozada de la escolta militar, el general Jackson supo que habían perdido; alguien estaba aquí, alguien se había adelantado, y por una curiosa razón supo que no habían sido sus enemigos terrícolas, la superpotencia adversaria, sino que la agresión provenía de afuera, deˆ aquel espacio oscuro y expectante que la NASA había decidido colonizar.

* * *

El hombre trepó a la alta cabina del tractor y se dispuso a regresar a la casa.

Estaba anocheciendo.

Como siempre, levantó la vista al cielo para agradecer a Dios aquella nueva jornada de trabajo que acababa de culminar.

Algo pendía del cielo. Una gran sombra cilíndrica en la que brillaban miles de luces.

—¡Por Jesucristo! —exclamó el campesino y enfiló rápidamente hacia la casa.

Cuando llegó al edificio principal saltó del tractor.

—¡Jenny, Jenny! —gritó.

Una mujer rubia y joven salió de la casa sosteniendo entre sus brazos a una niña dormida.

—¿Qué ocurre, Tom?

—¡Dios mío, Jenny! ¡Pero es que no lo ves!

La mujer miró el cielo y su rostro se convirtió en una mueca de

horror y sorpresa.

—¿Qué es eso, Tom? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé, tenemos que actuar con rapidez, hay que avisar al ejército, a la policía, hay que...

Entró en la casa y cogió el teléfono.

La línea estaba muerta.

—¿Tom? —llamó la mujer desde el porche,

—No funciona, el maldito teléfono no funciona —dijo él desde el interior de la casa.

—Tom, ven aquí —lo llamó Jenny.

—Tenemos que largarnos, Jenny —dijo mientras salía nuevamente al porche.

—Mira —indicó la mujer estirando el brazo hacia adelante.

—Son las reses —dijo él.

—Algo les ocurre, Tom.

A unos cien metros de la casa, en un amplio corral, había un centenar de reses perfectamente visibles en , la última claridad del día.

—Voy a ver qué...

La mujer cayó de rodillas.

—¡Jenny! —gritó el hombre sintiendo que las fuerzas lo abandonaban.

—Oh, Tom... —dijo la mujer.

CAPITULO III

El operador del radar se revolvió en el sillón.

Aquella aparición intermitente que revelaba la pantalla parecía esfumarse y luego volver a presentarse sin un rumbo definido.

—Joe, controla el ordenador —dijo a su compañero.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé.

—Controlado —dijo Joe. j —De acuerdo, entonces llama al comandante Higgins.

—¿Tan importante es?

—No lo sé, realmente no puedo entenderlo.

La mancha continuaba titilando en la pantalla y su curso reaparecía sin el menor respeto por los rumbos lógicos y previsibles.

El comandante Higgins entró al cuarto del radar y se acodó en el respaldo de la butaca que ocupaba el operador.

—¿Qué ocurre, Mack?

—Véalo usted mismo, señor.

Durante algunos minutos el oficial observó atentamente el extraño fenómeno.

Su rostro se crispó ante la imposibilidad de hallar una respuesta sensata.

—Debe hallarse a unos mil kilómetros de distancia y aproximadamente a mil metros sobre el nivel del mar —dijo Mack.

—¿Cuál es la base más próxima?

—Baltimore, señor.

—Comuníquese con Baltimore» Joe —ordenó el oficial.

—A la orden, señor.

La voz del operador resonó en la sala de radar.

—¿Qué opina usted, Mack?

—Comandante, si no fuera porque conozco la situación de nuestro sistema de defensa aérea diría que se trata de una nave.

—¿Una nave? ¿Sabes lo que está diciendo, Mack? Esa mancha tiene el tamaño de un portaaviones.

—Lo sé, señor, lo sé. Pero así y todo diría que es una nave. El rumbo es irregular y su presencia no es continua en los sensores del

radar, sin embargo, avanza a velocidad reducida hacia el sur.

—No hay respuesta en Baltimore, señor —dijo Joe.

—¿Qué quiere decir con eso de que no hay respuesta?

—No responden a la llamada. Los controles funcionan perfectamente y la emisión es excelente, es como si nadie quisiera coger los auriculares y responder a la llamada.

—Eso es absurdo, Joe.

El suboficial permaneció callado. Era absurdo, tan absurdo como que Mack definiera aquella mancha caprichosa como si se tratara de una nave.

La puerta de la sala de radar volvió a abrirse y un soldado pálido y descompuesto entró como una tromba.

—Parte para el comandante Higgins —dijo con voz trémula—. Es urgente.

El comandante cogió el manojo de cables que el soldado sostenía entre los dedos temblorosos.

Su rostro se transformó.

A medida que iba leyendo los distintos partes su expresión horrorizada se acentuaba más y más.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Comandante, ¿qué ocurre, por favor, díganos qué ocurre? —preguntó Mack.

—Es una invasión, una invasión... extraterrestre.

La mano que sostenía los mensajes de télex colgaba fláccida en el extremo del brazo.

—¿Una invasión? —repitió Joe incrédulo.

—Nueva York, Filadelfia, Baltimore» Washington» Boston, no es posible, no es posible...

—¿Qué...? —comenzó a preguntar Mack.

—Están desiertas, enteras pero desiertas, un avión de reconocimiento sobrevoló el área y antes de perder contacto con él el piloto describió lo que veía. Todo desierto, ni un ser humano, ni un animal, solamente coches incendiados y estrellados y algunos destrozos. Es como si las personas hubiesen desaparecido mientras conducían sus vehículos y éstos continuaran su camino hasta chocar con algún obstáculo. ¡Dios mío, no tiene sentido!

—¡Comandante! —gritó Mack.

El oficial giró sobre sus talones y volvió a inclinarse sobre la

pantalla del radar.

—¡Mire, es como si la mancha se fraccionara...!

—Creo que tenías razón, Mack, Es una nave, una nave madre, y esos pequeños puntos que parten de ella son naves menores, de combate.

—¡Por Dios...!

—Comandante, llevan una velocidad superior a los cinco mil kilómetros por hora —afirmó Joe fascinado por aquella horrorosa revelación.

—En diez minutos las tendremos encima nuestro y...

El tono de su voz se debilitó sorpresivamente, miró a los tres soldados que lo rodeaban y le pareció que se derretían ante sus ojos, se difuminaban, perdían consistencia.

—¿Mack...? —todavía pudo articular.

—Coman... dante... te…

* * *

La pequeña nave se mantuvo todavía por espacio de cinco minutos sobre Jacksonville y luego regresó velozmente a la nave madre.

La base aeronáutica y de defensa de Jacksonville, a dos kilómetros de la costa del océano Atlántico, se sumó al silencio abrupto y amenazador que crecía a lo ancho y lo largo del país. Dentro del edificio, en la sala de radar, el comandante Higgins y los tres soldados habían desaparecido.

La nave madre estaba quieta.

A sus pies, dos mil metros más abajo, la ciudad de Nueva York parecía una escultura vacía en el amanecer de octubre.

Todavía ardían algunos fuegos, producto de choques de automóviles descontrolados, abandonados a su suerte por la súbita desaparición de sus conductores.

El día claro y transparente tenía la placidez de la muerte. Una muerte extraña, aséptica, sin cadáveres. Una muerte sin previo aviso.

Alrededor de la nave madre se habían ido ajustando las pequeñas naves menores que regresaban de su misión de exterminio.

Dentro de la espaciosa nave mayor la actividad era febril.

Aquella enorme nodriza tecnológica, surcada de pasillos brillantes y células habitaciones, albergaba mil seres extraños.

En un amplio hexágono acristalado en el extremo norte, se hallaba reunido el Cónclave Rector.

Un ser alto y antropomorfo, enfundado en un mono de metal flexible estaba sentado en un complicado sillón. Tenía el cráneo desnudo, lampiño, y un rostro alargado y estrecho. Los ojos amplios y glaucos contrastaban con el tono ceniciento de su piel. El resto de la cara era liso, a excepción de una estrecha abertura a la altura de la nariz que parecía más una herida pálida que la boca de un hombre.

Los largos brazos terminaban en tres dedos agudos y cartilaginosos. Los dedos operaban un panel de sensores y tras él, en una gran pantalla, iban desfilando las ciudades aniquiladas.

Un grupo de seres casi exactamente iguales observaba atentamente aquella sucesión de imágenes.

—La primera etapa ha concluido —dijo entonces el ser que operaba los controles.

Todos asintieron.

—La Tierra es nuestra. Debemos iniciar la segunda fase. Dos mil morgos se instalarán aquí y harán crecer nuestra estirpe. Nosotros continuaremos adelante en busca de otros mundos habitables, prosiguiendo con nuestro plan de colonización y establecimiento.

Un morgo cuyo rostro revelaba una vejez pronunciada, con la piel fibrosa y todavía más oscura que sus congéneres, levantó un largo brazo seco.

—¿Sí, Manur?

—Quiero saber por qué no podemos quedamos todos en la Tierra, Arlos. ¿Por qué continuar buscando? ¿Acaso no hemos hallado el planeta que mejor se adapta a nuestra especie?

—Manur, cuando nuestro mundo estalló, hace ya cientos de años, sólo se salvaron seis naves nodrizas. Debes recordar nuestro pacto, hermano. Nos comprometimos a hallar tres mundos nuevos, analizar las características de sus habitantes y si éstos eran de una especie agresiva entonces los exterminaríamos y ocuparíamos nuestro nuevo suelo. Las dos primeras naves nodrizas se instalaron en la galaxia del Brumo hace ya cien años. Nosotros continuamos navegando por el espacio y finalmente hemos hallado nuestro

segundo mundo. Las características de la especie humana fueron analizadas cuidadosamente. Era una raza agresiva y suicida. Su tecnología era la tecnología de la muerte. Los hemos exterminado y dos naves más se afincarán aquí. La nave que está a tu mando en este lado del océano. La nave de Rapir en la tierra que los terráqueos llamaban el Oriente. Os reproduciréis y levantaréis nuestra civilización como se ha acordado en el pacto.

Manur escuchaba en silencio.

—Manur, hermano, tú eres anciano y puedes comprenderlo mejor que los demás. Hemos vivido en las naves nodrizas desde hace mucho tiempo y jamás volveremos a pasar por la misma experiencia. Necesitamos tres planetas para asegurar el destino de nuestra raza. ¿Puedes entenderlo?

Manur asintió.

El ser que explicaba la historia, llamado Arlos, prosiguió con su discurso:

—Yo y las dos naves restantes continuaremos buscando en otras galaxias y nos afincaremos allí donde encontremos el planeta adecuado. Sólo respetaremos a las civilizaciones pacíficas y constructivas. Lo dice el Pacto. Cuando todos nos hayamos afincados entonces podremos establecer nuevas vías de comunicación entre nuestros tres nuevos mundos y confío que en el próximo milenio nuestra rama se haya reproducido hasta alcanzar el número existente en nuestro amado mundo antes del estallido final.

Manur bajó el rostro.

—-Otra cosa, Manur —dijo entonces Arlos—-. Es posible que alguien se haya salvado; aun cuando nuestros detectores no lo hayan registrado, es posible. Confío en que tú te ocuparás de ello. Si el peligro es mayor al esperado tendréis que continuar la búsqueda de un nuevo planeta. Es por ello que nos hemos asegurado de la completa destrucción de los terráqueos. No nos podemos permitir ninguna debilidad. ¿Lo has comprendido, hermano?

—Lo he comprendido, Arlos.

—¿Alguno de vosotros desea preguntar algo antes de la despedida?

Nadie respondió a Arlos.

—Adiós, hermanos; id a vuestra nave y comenzad a hacer vuestro trabajo.

El cónclave había terminado.

* * *

Dos días más tarde, Manur había instalado su cuartel general en el Edificio Getty, en la isla de Manhattan, junto al Central Park.

—Recorred la ciudad y buscad sobrevivientes. Si los halláis debéis exterminarlos. Emplead el haz cristalizador, no queremos cadáveres descompuestos en nuestro nuevo mundo.

Afuera, el cielo de octubre era plomizo y opresivo, el viento aullaba entre las antenas muertas de televisión y barría en las calles de Nueva York un extraño polvillo de cristal, único exponente de la raza exterminada del hombre.

CAPITULO IV

En New Jersey, junto a Overpeck Creek, bajo tierra, en el mundo aislado y programado del Centro de Experimentación de la NASA, el ordenador activó la orden de emergencia prevista en caso de anomalía y el experimento planificado por el doctor Murray, entró en la fase de interrupción.

La cápsula recibió la orden de descongelamiento y la temperatura comenzó a subir.

Según el programa estipulado, en caso de ausencia de controladores, el computador debía autoregularse por espacio de setenta y dos horas. Transcurrido ese lapso, y salvo la intervención del científico de guardia, el proceso se detendría y automáticamente se invertiría el estado de congelamiento.

El cuerpo inmóvil y suspendido del comandante Richard Jensen absorbió gradualmente la temperatura ascendente y los fluidos de manutención de su actividad vital se incrementaron en consecuencia.

Todo el proceso culminó en veinticuatro horas más.

El panel de acrílico endurecido se abrió y el hombre abrió lentamente los párpados.

Su cerebro comenzó a funcionar rápidamente.

La primera sensación fue de una soledad infinita.

Giró el rostro en busca del doctor Murray, pero la sala estaba vacía.

Se incorporó cuidadosamente y comenzó a desarticular los tubos de contacto que lo unían al condensador y al sistema general de ejecución del experimento.

Salió de la cápsula.

Se sentía bien, muy bien. Flexionó los brazos y las piernas y percibió la rápida circulación de su sangre y una leve taquicardia.

Recorrió la estancia con la vista y comprobó que únicamente funcionaba el computador de emergencia. En la minúscula pantalla había una frase: «Emergencia. Experimento suspendido por orden programada.» Un silbido agudo y continuo acompañaba el mensaje.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —se preguntó en voz alta, como si de

ese modo pudiese exorcizar la tremenda opresión que comenzaba a invadirlo.

Dio dos pasos en dirección al computador y sintió que sus pies aplastaban algo que producía un sonido chirriante. Se inclinó y cogió en sus manos un puñado de polvo de cristal tibio.

—¿Qué significa esto? —se repitió una y otra vez mientras repasaba rápidamente la habitación, confundido por el silencio de los aparatos.

Salió del cuarto de experimentación y entró en la sala del télex. Una larga cinta de papel colgaba desarticulada sobre el suelo. Se dirigió apresuradamente hasta ella y la arrancó de un tirón.

El suelo estaba cubierto de cristales diminutos, una especie de polvo brillante y tibio similar al que viera en el otro cuarto.

Comenzó a leer con ansiedad:

«Alarma. Alarma. A todas las unidades de defensa del hemisferio occidental, repito, a todas las unidades de defensa del hemisferio occidental. Ataque exterior de procedencia no identificada. Comunicaciones interrumpidas. No se obtienen respuestas de las bases de seguridad de la costa este de Estados Unidos. Situación crítica. No es un ataque de origen terráqueo. Repito: NO ES UN ATAQUE DE PROCEDENCIA TERRAQUEA. ALARMA ROJA. ALARMA ROJA. ALAR...»

—¡Dios mío!

El cerebro de Jensen se detuvo en aquella frase temida y horrorosa: ALARMA ROJA.

El mensaje estaba inconcluso. Algo o alguien había terminado con la vida del emisor, ya que el teletipo había continuado funcionando.

Richard Jensen se sentó en el sillón del teletipista y trató de pensar con claridad.

Había ocurrido algo, un ataque aparentemente extraterrestre. Todos los instrumentos del centro habían detenido su funcionamiento. Sólo el computador de emergencia, programado precisamente para activarse en un caso extremo, había continuado activado para salvar el experimento.

El experimento.

Un sudor frío corrió por su espalda cuando comenzó a comprender.

El doctor Murray había dicho algo respecto de un accidente.

¿Qué había sido?

De pronto recordó aquellas palabras: «Ni siquiera una guerra nuclear podrá afectar tu cápsula»; sólo que no había sido el doctor Murray quien las pronunciara, sino el general Jackson.

—¡Dios mío! —repitió espantado al comprender a qué se debía su supervivencia- El experimento me ha salvado, quiero decir que...

No pudo terminar la frase, era demasiado terrible. Corrió por los corredores del Centro de Experimentación en busca de la salida. Tenía que salir afuera, encontrarse con alguien, alguien que le explicara lo que había sucedido.

Llegó a los ascensores.

—¡Qué estúpido soy! —exclamó mientras buscaba las escaleras de emergencia.

El grupo electrógeno que abastecía de electricidad a todo el complejo de edificios subterráneos se debilitaba rápidamente. Debía hacer ya varios días que los ascensores habían dejado de funcionar.

Superó lentamente las compuertas de seguridad, maniobrándolas a mano y finalmente asomó la cabeza a la luz pálida del crepúsculo.

No había nadie a la vista. Sólo el constante polvillo de cristal cubriéndolo todo como una alfombra brillante y extraña.

Caminó durante diez minutos, alejándose del Centro. Todo estaba desierto. Ni una sola señal que le indicara la presencia humana.

Los coches calcinados por un fuego que ya se había apagado hacía varias horas era el espectáculo estremecedor que lo rodeaba.

Se detuvo.

Una súbita lucidez se instaló en su cerebro congestionado.

Peligro,

Era un soldado, un soldado muy particular, un integrante del cuerpo mejor entrenado del mundo, el Comando Clase «A» Especial.

Si efectivamente había habido una invasión extra-terrestre, el enemigo podía hallarse allí mismo, próximo a él. Era un verdadero imbécil si continuaba corriendo desesperadamente como un vulgar suicida inexperto.

Regresó lentamente al Centro de Experimentación, cuidándose de posibles encuentros extraños.

Tenía que pensar algo. Tratar de comunicarse con alguien,

procurar...

No. No podía comunicarse con nadie. Los aparatos no funcionaban y además el télex había sido suficientemente explícito.

Llegó a la puerta de acceso del Centro y se sumergió nuevamente en las entrañas del edificio.

Se sentó junto a la cápsula que dejara pocos minutos antes y buscó una respuesta operativa a aquella situación demencial.

Recordó entonces las palabras de su instructor durante los seis meses de entrenamiento a que debió someterse para la prueba que le fuera destinada y que no pudo llegar a su fin. El capitán Dobson había repetido hasta el hartazgo las mismas frases: «El espacio es un ámbito ignoto y que no está sujeto a las mismas leyes que nos impone nuestra lógica terrestre. Por lo tanto hay que aprender a resistir el asombro, porque el asombro paraliza, embrutece y finalmente mata o enloquece al hombre incapacitado. Frente a una situación incomprensible hay que recurrir a los hechos. Aceptar los hechos, por más absurdos o extravagantes que parezcan, y a partir de ese reconocimiento elaborar un plan de acción.»

-Bendito capitán Dobson —dijo en voz baja.

Se llevó las manos a la cara y comprobó que tenía la barba muy crecida.

Se levantó y fue hasta los servicios. El espejo le devolvió una imagen demacrada y cenicienta. Tenía los ojos inyectados en sangre y las pupilas algo dilatadas. La taquicardia no lo había abandonado.

«Debo relajarme», se dijo.

Se desvistió por completo y se metió debajo de la ducha.

El agua tibia lo relajó inmediatamente. No había dejado de pensar en todo aquello que había descubierto, pero su cuerpo necesitaba relajarse y Jensen se propuso firmemente controlar sus emociones.

Se secó vigorosamente y luego se afeitó.

—Capitán Dobson —dijo entonces—, estoy tratando de aceptar los hechos.

Se vistió con un mono azul y botas y regresó al cuarto del experimento.

La sensación oprimente renació en su pecho.

Se puso de pie y se dirigió al computador.

Estaba desactivado.

Tendría que aguardar a que transcurriera la noche y luego a la mañana siguiente, tomaría infinitas precauciones y saldría a inspeccionar.

Tal vez fuera mejor hacerlo durante la noche, pero no quería arriesgarse, no sabía quién o qué era el enemigo.

Una idea lo asaltó repentinamente.

¿Y si estaban buscando supervivientes?

Comenzaba a inquietarse cuando un sonido llamó su atención. Volvió a sentir un sudor helado que recorría su espina dorsal.

El sonido se repitió.

Se dirigió lentamente a la puerta, atravesó la sala del télex y ganó el pasillo.

Esta vez el ruido le llegó con mayor claridad; pro-lia venía de un cuarto que había frente a donde él se hallaba, al otro lado del corredor.

Se acercó a la puerta cerrada y apoyó la oreja contra ella.

Entonces volvió a escucharlo.

Allí había alguien.

CAPITULO V

Abrió la puerta lentamente y echó un vistazo.

La mujer estaba de pie en medio del cuarto. Acababa de salir de su cápsula y procuraba reavivar su tono muscular.

Por una extraña necesidad inconsciente, el primer pensamiento que lo asaltó fue un pensamiento sexual.

La mujer era hermosa y joven. Tenía un cabello corto y oscuro y el rostro luminoso. Altos pómulos pálidos, una nariz recta y breve y labios carnosos.

El uniforme elástico permitía apreciar el dibujo perfecto de sus senos grandes y erguidos y la curva de sus nalgas.

Ella levantó la mirada en ese instante y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Bien venida —dijo Richard.

—Hola, ¿dónde está el doctor Murray?

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien —replicó ella.

Se miraron en silencio, como dos gemelos reunidos luego de toda una vida de existencias separadas.

—¿Qué es todo este desorden? —preguntó la muchacha, señalando el piso cubierto del mismo cristal en polvo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jensen ignorando la pregunta de ella.

—Leda Martell, comandante de la Sección «A», Escuadra Femenina.

—Comandante Richard Jensen, la misma Sección, Escuadra Masculina.

—¿Quiere decir que...?

—Acabo de salir de mi cápsula»

Una expresión de perplejidad se pintó en el hermoso rostro de la joven.

—Sí, nos engañaron a los dos; a mí también me informaron que era el único que habría de realizar el experimento.

Leda sonrió y aquella expresión amable y mínima lleno de tibieza el ánimo del hombre.

-—¿Qué ocurre aquí? ¿Dónde están todos? El computador dice que el experimento se ha interrumpido. ¿Por qué…?

—Te explicaré todo, compañera —la interrumpió Jensen.

Ella adivinó en su rostro el espanto oculto.

—Es difícil de explicar, pero no tenemos mucho tiempo. Ha habido una invasión extraterrestre.

—¡Por Dios! —gritó ella y se sentó violentamente en una butaca.

Jensen se acercó a la mujer y la rodeó con un brazo.

Leda apoyó la cabeza en su pecho y respiró profundamente.

—Dímelo todo, por favor —dijo entonces.

* * *

El relato de Jensen fue muy breve.

No tenía demasiadas cosas para contar a la mujer.

Leda lo miraba intensamente y él podía leer en la profunda humedad de sus pupilas el esfuerzo que la joven hacía por comprender y metabolizar sus palabras.

—Eso es todo —dijo por fin.

—¿Qué haremos? —preguntó Leda.

—Primero, trataremos de conocer al enemigo.

—Oh, Dios, Dios, no puedo creer que la humanidad haya desaparecido. Se haya evaporado. Es una pesadilla. Una maldita pesadilla.

Jensen la atrajo hacia él y sintió su carne trémula apretada contra su pecho duro.

—No es una pesadilla; ojalá lo fuera, comandante.

Dijo comandante intencionadamente, para que el soldado entrenado que habitaba aquella maravillosa estructura femenina se pusiera en movimiento.

Leda se separó de él.

—Sí —dijo con voz firme—. Hemos de conocer al enemigo antes de resolver nada.

Durante unos minutos permanecieron silenciosos, escuchando el trémolo taquicárdico de los corazones. -

—Cuando amanezca nos pondremos en movimiento —dijo Jensen—. Conviene preparar un plan de acción. ¿Qué necesitamos?

—Alimentos y armas —dijo Leda.

—Bien, supongo que podremos aprovisionamos fácilmente. La ciudad de Nueva York está vacía.

Ella bajó el rostro.

Todavía era demasiado pronto para comprender la verdadera dimensión del holocausto.

—Trata de dormir, Leda.

—Sí, necesito pensar, hacerme a la idea...

La besó en la frente.

—Yo montaré guardia —dijo mientras abría la puerta de la habitación—. No tengo sueño.

Octubre llegaba a su fin.

Todavía estaba oscuro cuando asomaron sus figuras ateridas por la boca de acceso al centro de la NASA.

Un viento helado .y fuerte soplaba desde el Atlántico cargándose a su paso con la humedad sucia del Hudson.

Un ruido sordo y chirriante acompañaba las ráfagas.

—¿Qué es ese ruido?

—El polvo de cristal —replicó Jensen.

—¿Polvo de cristal?

—Sí, está por todos lados, cubriendo todas las superficies. No me explico qué puede ser.

—Debe tener alguna explicación vinculada a la invasión —argumentó Leda mientras se inclinaba para atrapar en su mano un puñado del extraño polvo.

Lo dejó caer lentamente y el viento lo dispersó en el acto.

—Parece nieve de vidrio —comentó Jensen mientras andaban en dirección al río, hundiéndose hasta los tobillos en aquella insólita capa de polvo.

Más allá de Manhattan, tras la muralla silenciosa de los altísimos rascacielos, el resplandor del sol anunció pálidamente el nuevo día.

—Debemos apuramos —dijo Jensen.

—¿Adónde vamos?

El no respondió. Se introdujo en una cabina telefónica y buscó rápidamente una dirección en las «páginas amarillas del listín.

—Ven —dijo, cogiendo a la muchacha de la mano—». No es muy lejos de aquí.

Corrieron por las aceras desiertas, pegados a la pared de los edificios, sumergidos en aquella lóbrega quietud que se- había

apoderado de la ciudad más espléndida, más extrovertida, más bulliciosa y, por qué no, más voraz del mundo. Hoy Nueva York era solamente un páramo de altas esculturas huecas, vacío de voces, recorrida por un viento helado y ahogada por aquel finísimo polvo de cristal.

—Aquí es —dijo Jensen.

Estaban frente a los escaparates de-una importante tienda de deporte.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Leda.

—Romper el cristal y entrar —replicó él.

—¿Y la alarma?

—No hay energía, Leda. La alarma no funcionará. No hay operarios en la central de energía eléctrica; no hay más seres humanos que nosotros. Por lo menos, es lo que creo.

—Tienes razón —aceptó la joven.

Antes de golpear el cristal de la puerta de acceso, Jensen miró en ambas direcciones de la calle.

Estaba desierta.

Rompió la puerta y entraron.

—Necesitamos ropas, mochilas, linternas, armas y cuerdas. ¿Se te ocurre algo más?

—Tal vez deberíamos llevarnos un bote hinchable. No sé si será prudente cruzar el Hudson por el puente o el túnel.

—De acuerdo, búscalo —asintió él.

Se vistieron con trajes plásticos forrados y botas impermeables resistentes a las bajas temperaturas.

Jensen eligió dos grandes fusiles de caza con miras telescópicas y de rayos infrarrojos para cazar de noche y luego se entretuvo buscando dos silenciadores apropiados.

Leda había encontrado las mochilas y el bote y se ocupaba de aprovisionar aquel cómodo equipaje, con lo que consideraba más necesario.

Debajo del traje, Richard se ajustó una pistolera y en ella introdujo un poderoso Magnum 44.

—¿Crees que podrás cargar con uno?

Ella sonrió y aceptó aquel enorme revólver capaz de detener un jabalí a la carrera con la fuerza de su impacto.

—¿Has recogido suficiente munición? —preguntó Leda.

—Sí, podremos resistir una temporada si es que efectivamente nos encontramos con algún enemigo. Todavía no sé a lo que nos enfrentamos.

—¿Qué hay de los alimentos?

—Cogeremos alimentos envasados, no sé qué habrá podido ocurrir con los alimentos frescos —dijo Richard.

—Estoy lista —dijo ella.

—Bien, entonces…

Un silbido agudo y doloroso sacudió a la pareja.

Leda se llevó las manos a los oídos procurando mitigar el dolor.

Jensen la imitó.

El silbido decreció rápidamente y los dos jóvenes supervivientes salieron a la calle en busca del origen de aquel ruido infernal.

A unos cien metros, proveniente de Manhattan, una pequeña nave oval se desplazaba hacia ellos a una altura de diez metros del suelo.

CAPITULO VI

—¿Qué buscarán?

—No lo sé; pero deben haber detectado algo, se mueven muy despacio —respondió Jensen.

Leda observaba el lento desplazamiento de la pequeña nave desde el portal de la tienda de deportes.

Vestidos con los monos plásticos y forrados, cargados con las mochilas y armados hasta los dientes parecían ellos mismos seres extraterrestres en la ciudad batida por el viento.

Jensen entró en la tienda y regresó a los pocos segundos portando un maniquí de tamaño humano, vestido con prendas invernales.

—¿Para qué es eso?

—Tengo que verificar el tipo de arma que utilizan; aléjate, no quiero que te ocurra nada. Yo te seguiré en seguida.

El maniquí tenía una base que lo mantenía erguido y que a su vez llevaba cuatro pequeñas ruedecillas para su fácil traslado de un sitio a otro dentro de la enorme tienda.

La nave estaba ya a unos diez metros y Jensen podía sentir el zumbido sordo de los motores que la impulsaban.

Con un movimiento rápido echó el maniquí a la acera y luego corrió dentro del almacén.

La nave se detuvo en seco.

El maniquí atravesó la acera y descendió el bordillo para luego continuar por la calzada.

De pronto se detuvo.

El polvillo de vidrio había obstruido su marcha.

Jensen pudo observar el rayo fugaz que partía de la nave y llegaba al maniquí. Una luz intensa y enceguecedora envolvió al enorme muñeco y durante una fracción de segundo pareció que cobraba vida, contorsionado por el disparo, fulminado, calcinado.

—Dios mío...

Jensen giró el rostro y vio entonces a Leda que observaba pasmada el espectáculo.

—Ven, alejémonos de aquí. Pueden decidir investigar un poco los

alrededores.

Subieron a la segunda planta de la tienda de deportes y a través de los ventanales que daban a la calle pudieron ver claramente, a la misma altura en que ellos se encontraban, la peligrosa nave oval.

Una escotilla se abrió en el vientre de la nave y dos figuras provistas de extrañas mochilas a sus espaldas 'descendieron volando hasta la calle.

—¡Es fantástico!

—Ese aparato que llevan a su espalda debe ser algo así como un controlador gravitacional —dijo Jensen.

Los dos seres llegaron junto al maniquí y lo movieron.

Parecían desconcertados.

Miraron hacia la nave y levantaron los brazos. La nave se alejó inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leda.

—Habrán decidido investigar —replicó él.

Los dos seres alzaron sus armas, dos largos tubos adheridos a la mochila, y entraron en la tienda de deportes.

—Sígueme —dijo Richard.

Se acercaron lentamente hasta la baranda que daba al hall central de la tienda, dos pisos más abajo.

Vieron entrar a los altos extraterrestres y acercarse a un maniquí.

Lo tocaron con el extremo hueco de las armas y luego con aquellas extrañas manos grises de tres dedos.

Uno de ellos miró a su compañero y luego disparó sobre el maniquí.

Comprobaron luego que el estado en que había quedado era semejante al que habían destruido en la calle.

Desde donde se encontraban, Leda y Jensen pudieron escuchar un murmullo sordo entre los dos seres.

—Están planeando algo —dijo Leda.

—Esperemos a ver qué deciden.

En ese momento los dos extraterrestres miraron hacia arriba.

Jensen arrastró a Leda fuera del campo visual de los invasores.

—Vendrán hacia aquí —dijo ella.

—Debemos prepararnos, no creo que nos hayan visto.

Buscaron seis o siete maniquíes y los apostaron junto a la escalera por la que debían llegar los enemigos. Ellos retrocedieron

diez metros y se ocultaron tras una enorme barca de plástico.

—Cuando estén los dos en el piso se sentirán confiados por la presencia de los maniquíes. Tú dispararás al de la izquierda y yo trataré de abatir al de la derecha. No sabemos si nuestras armas son efectivas y tampoco conocemos cuál es la composición de sus cuerpos, de modo que no podemos arriesgarnos. Dispararemos una ráfaga de cinco disparos cada uno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, suerte, pequeña.

Leda lo miró a los ojos.

Toda la situación los había ido envolviendo sin permitirles reflexionar demasiado. Ahora, frente a la inminencia de aquel encuentro inicial con los invasores, Leda sintió que algo se deshacía dentro de ella.

—Estamos solos… —farfulló.

—No temas, comandante —dijo Jensen acariciando el bello rostro de la muchacha—. Saldremos adelante.

Ella respiró profundamente y se llevó el pesado fusil a la cara.

Los dos extraños seres grises llegaron a la segunda planta y tal como Richard había previsto, se detuvieron un instante sorprendidos ante aquel batallón de maniquíes, colorido y quieto.

—Ahora —dijo Jensen tajante.

Los disparos sordos, apagados por los silenciadores, desgarraron violentamente a los dos extraños.

La fuerza de los impactos los arrojó hacia atrás y rodaron por la escalera fuera de la vista de los tiradores.

Jensen saltó hacia adelanté y corrió hacia la escalera. Se asomó y disparó casi inmediatamente sobre los dos cuerpos desmadejados, retorcidos, sobre el rellano de la primera planta.

Leda ya estaba a su lado.

—Ven, iremos a echarles un vistazo.

Se detuvieron junto a los cuerpos grises.

—No sangran —dijo Leda y en seguida comprendió que aquel comentario no tenía ningún sentido.

—Tienen una piel dura y seca. Los disparos los atravesaron y la piel volvió a cerrarse. Mira, ¿alcanzas a ver la diferencia aquí, en este punto?

Efectivamente, los disparos de Jensen habían perforado el área

que en un ser humano corresponde al corazón. Podían verse con dificultad unos pequeñísimos cráteres en la dura piel gris.

—Están…

—¿Muertos? Sí, creo que sí.

Jensen se inclinó y los palpó con minuciosidad. Luego les quitó aquel aparato que llevaban a la espalda y los extraños tubos con los que habían disparado a los maniquíes.

—¡Mira, mira eso! —gritó Leda, señalando los dos cadáveres.

Jensen la apretó contra su pecho.

Los dos cuerpos comenzaban a oscurecerse rápidamente. El tono gris se iba opacando hasta convertirse en un negro fuerte y total.

—¡Por Dios!, ¿qué les ocurre?

—Cálmate —dijo Jensen—. Se están descomponiendo.

—¡Es horrible!

—No más horrible que lo que ocurre con los cuerpos humanos cuando comienzan a pudrirse —dijo él con brutalidad.

Leda ahogó un sollozo.

—Tienes razón, discúlpame, me estoy portando como una verdadera idiota.

—No es nada —Ia consoló él.

Los cuerpos habían adquirido ya una tonalidad completamente negra y comenzaban a resquebrajarse, partiéndose como si fuesen compuestos de una materia frágil y a la vez resistente.

Quince minutos más tarde todo había concluido.

En el sitio en que estuvieron los dos seres no había más que polvo, polvo negro, polvo parecido al vidrio molido.

—Parece… —comenzó a decir Leda.

—Sí, es el mismo polvo de vidrio que cubre a la ciudad, sólo que en este caso es negro.

Durante un largo minuto permitieron que la idea monstruosa que iba cobrando forma en sus cerebros alcanzara su máxima expresión.

Se miraron espantados.

—Sí, el polvo que hay en todas partes es lo único que queda de la humanidad —sentenció Jensen.

—¿Cómo, cómo lo habrán hecho? Es imposible que…

—No es imposible, acabas de verlo con tus propios ojos. Tienen una tecnología eficaz y muy superior a la nuestra. No podemos pensar en ellos con nuestros propios conceptos, basándonos en

nuestra lógica humana. Ellos, sean quienes fueren, son diferentes. ¿Comprendes? Pero por lo menos hemos descubierto algo. Son mortales. Nuestras armas son eficaces. Podremos combatirlos.

Leda miraba hipnotizada los montículos de polvo negro que minutos antes fueran dos seres erguidos y orgullosos, dueños de una tecnología excepcional, una tecnología que había exterminado al hombre en su propio planeta.

—¡Cristo! —gritó y buscó refugio entre sus brazos.

Jensen acarició sus cabellos y la besó delicadamente en las mejillas.

Pudo saborear el brillo salobre de sus lágrimas y reencontrarse con su propia angustia, aferrado al cuerpo magnífico de la mujer temblorosa.

Leda sintió también aquella urgencia feroz que le transmitía el hombre.

Impulsados por una orden muda y recóndita, las bocas se unieron en un beso voraz y depredador. Una caricia penetrante y ansiosa que procuraba devolverles la calidez que poco a poco habían ido perdiendo.

—Ven —dijo Richard—. Buscaremos un sitio donde podamos estar a salvo. No olvides que en la nave había más invasores.

Salieron abrazados a la calle.

Estaba desierta.

El cielo se había ido apagando lentamente, sometido a la oscura invasión de un pelotón de nubes bajas que derivaban desde el océano.

—¿Dónde vamos, comandante? —preguntó ella.

—A Manhattan, al otro lado del río.

Avanzaron rápidamente, en fila india, pegados a la pared de los edificios, aprovechando los portales, los voladizos, cualquier elemento que pudiese ocultarlos en su avance hacia Manhattan.

Cuando llegaron junto al río Hudson se desató la tormenta.

La primera nevada del año.

—¿Por qué no cogemos un coche?-—preguntó Leda.

—Tal vez por la noche. Ahora, durante el día, sería un blanco notable y perfecto.

Las calles estaban llenas de coches, algunos incendiados y otros incrustados unos contra otros, y embutidos en los escaparates y los

portales de los edificios.

Parecía el decorado en una ópera surrealista extrañamente trágica.

Y el polvo de vidrio.

El polvo de vidrio alfombrando las calles, girando al compás del viento, crujiendo bajo los pasos firmes de los fugitivos.

Llegaron a la orilla y torcieron hacia el sur, en busca del Lincoln Tunnel.

El frío era glacial, pero iban bien pertrechados bajo los trajes forrados.

Jensen llevaba el fusil apoyado en la cadera y el dedo en el gatillo.

Caminaban a buen ritmo, separados del río por la primera fila de edificios, alertas a cualquier peligro.

Les llevó media hora alcanzar al Lincoln Tunnel.

—¿Por qué crees que estarán en Manhattan? —preguntó Leda.

—No lo sé, tal vez sea porque me sigo guiando por mi lógica terrestre. Pero Manhattan es el centro de Nueva York y...

Se detuvo de pronto, un ruido apagado e intermitente llegaba desde el otro lado del Hudson.

—¿Qué ruido es ése?

—Parece una turbina, una turbina monstruosa y lejana —dijo Richard.

Atravesaron la calle y entraron en el primer edificio que tuvieron delante.

Llegaron a las escaleras y comenzaron a subir. Alcanzaron ágilmente el último piso, a ciento veinte metros sobre el nivel de la calle.

Jensen forzó una puerta y entró a un enorme despacho. El piso estaba cubierto de cristal en polvo.

Se dirigió a la ventana que se abría sobre el río y apartó sigilosamente la cortina.

—¡Santo Dios! —gritó Leda.

CAPITULO VII

Del otro lado del río, flotando sobre el Central Park, como un gigantesco gusano cilíndrico y oscuro, la nave nodriza aparecía frente a ellos con sus motores casi detenidos.

Era más grande que cualquier portaaviones que Jensen hubiese visto y su aspecto siniestro se recortaba perfectamente sobre el cielo gris.

La tormenta de nieve dificultaba su visión y sin embargo, allí, a menos de un kilómetro de ella, Jensen y Leda, podían casi tocar la nave.

—No es prudente que nos acerquemos —dijo Richard.

—Parece inexpugnable, es, es... demasiado poderosa —agregó Leda sin poder apartar sus ojos de la masa flotante que pendía frente a ella como si no fuese otra cosa que un descomunal dirigible de acero, mágicamente inerte en el aire tormentoso.

Richard la tocó en el hombro.

—Mira hacia allá —dijo.

Leda siguió la dirección de su brazo.

Una patrulla de diez seres se había apostado en la entrada del Lincoln Tunnel.

—Tenemos que deshacernos de ellos —dijo Jensen.

Leda cargó su fusil.

—Tú quédate aquí, yo iré al otro extremo del edificio. Es necesario tomar precauciones, muchachita.

—Bésame —pidió la joven.

Jensen se inclinó sobre ella y la cogió del cuello atrayéndola, apretando su boca contra los labios húmedos y ávidos.

El beso los volvió a reunir en aquel paraje que habían descubierto poco antes, cuando reconocieron el ardor que se apoderaba de su sangre joven ante la proximidad de los cuerpos.

Se apartaron sin una mirada.

Leda abrió la ventana y apoyó el fusil en el alféizar.

Richard salió de la habitación y corrió por el largo pasillo hasta el otro extremo del edificio. Allí repitió la operación de hacer saltar la cerradura de un despacho con un fuerte puntapié y se dirigió

hasta las ventanas.

De pie tras las cortinas apuntó cuidadosamente hacia el grupo de seres.

Comenzó a disparar.

Leda vio caer al primero y apretó el gatillo.

Los fusiles de alta precisión cumplieron su cometido rápidamente.

Aquellos seres de otro mundo no escuchaban los estampidos de los disparos ahogados por los silenciadores. Sólo se sorprendieron cuando comenzaron a caer atravesados por las balas.

Jensen abatió a seis criaturas antes de recargar el fusil.

Leda se ocupó de cuatro.

Se reunieron nuevamente en la puerta de acceso de las escaleras y descendieron presurosos en busca de la calle.

La tormenta continuaba su curso. No había empeorado, pero tampoco parecía que fuera a agotar su gélida carga de nieve.

Corrieron rápidamente hacia la entrada del Lincoln Tunnel y llegaron a tiempo de ver cómo los cuerpos de nueve seres se ennegrecían y luego se transformaban en polvo de cristal de color negro.

Hasta los oscuros trajes que cubrían sus cuerpos grises se desintegraban del mismo modo.

—Falta uno —dijo Leda.

—¿Qué?

—Falta uno; aquí sólo hay nueve.

—Búscalo por allí —dijo Jensen señalando la entrada del túnel —. Yo iré dentro, tal vez haya querido regresar a Manhattan para informar.

—Por favor, ten cuidado… —musitó la joven.

—No te preocupes por mí, cariño.

Entró en el túnel oscuro y húmedo.

Había muchos automóviles detenidos y estrellados. El piso estaba cubierto de polvo de cristal.

Un ruido sordo llegó hasta sus oídos. Provenía de adelante, alguien se arrastraba y el polvo crujía levemente.

Jensen avanzó con sigilo. Llevaba la linterna apagada en su mano izquierda y el fusil preparado en posición de disparo.

El sonido del ser que se arrastraba era cada vez más nítido.

Entonces lo vio.

Diez metros frente a él, por entre los coches abandonados, la figura de una de aquellas altas criaturas antropomórficas, avanzaba echada sobre el polvo de cristal.

Jensen se acercó cuidadosamente y cuando estuvo muy cerca trepó a un coche y desde allí saltó sobre el ser herido.

Lo cogió de ambos brazos y lo obligó a darse la vuelta. El extraño extraterrestre de los glaucos lo miró sin oponer resistencia.

Estaba muy débil y se podía percibir en su piel dura y gris los primeros síntomas de oscurecimiento.

—¿Quiénes sois? ¿Puedes entenderme? ¿Comprendes mi idioma? ¡Responde! ¿Quiénes sois?

El morgo cerró los párpados y Richard le soltó un brazo. El largo miembro gris de tres dedos se flexionó y tocó algo junto al cuello, un diminuto aparato de traducción instantánea.

—Entiendo —dijo entonces el morgo-

—¿Cómo te llamas?

—Anir, soy del pueblo de los morgos.

—¿Morgos?

Un ruido de pasos resonó tras él. Jensen se volvió rápidamente y apuntó con el fusil.

—¿Richard?

Leda apareció junto a él.

—¿Estás bien? —preguntó Richard.

—Sí —replicó ella, fascinada por la extraña criatura que yacía a sus pies.

—¿Por qué habéis atacado la Tierra? —preguntó Richard a Anir.

—Vosotros sois agresivos. Os matáis los unos a los otros. Nosotros, los morgos, necesitábamos uh planeta donde vivir.

—¿Y por eso nos habéis exterminado? ¿Cómo lo habéis hecho?

—El haz cristalizador, en la atmósfera, sin dolor, sin agonía... —dijo el morgo.

—Pero... —comenzó a decir Leda.

Jensen la interrumpió.

—¿Cuántos sois?

—Dos naves nodrizas. Una aquí, otra al otro lado del mar, somos dos mil colonizadores menos los que vosotros habéis matado.

—¿Quién es vuestro jefe?

—Manur.

—Quiero hablar con él.

El rostro liso de Anir se puso tenso. Sus ojos parecieron iluminarse y la herida por la que afloraban sus palabras pareció apretarse en un gesto de dolor.

—Voy a morir, terrícola, pero te diré algo. No podemos perder muchos de nosotros, la especie está en peligro. Si éste hubiese sido un planeta al que no hubiésemos podido reducir por sorpresa jamás nos hubiéramos aventurado en él. ¿Comprendes?

—Sí, entiendo.

Leda lo miró extrañada. Ese ser extraterrestre preguntaba si comprendían. ¿Qué debían comprender? ¿Que la tierra había sido exterminada por ellos en nombre de su propia supervivencia? ¿Que la habían elegido porque la raza humana era una raza agresiva, que se mataba y competía permanentemente?

—Oh Dios... —dijo entonces.

El morgo la miró desde la pálida superficie de sus ojos.

—¿Por qué nos dices todo esto, Anir? •—preguntó Richard con ansiedad.

—Sois los únicos sobrevivientes. No hemos detectado a nadie más en la ciudad y vais a morir muy pronto. Los morgos necesitamos la Tierra.

Jensen lo tenía erguido entre sus brazos y sintió cómo el cuerpo del morgo se ponía tenso y luego se relajaba.

Lo dejó allí mismo sobre aquel polvo de cristal que era todo lo que había quedado de los miles, millones de habitantes de Nueva York.

Muy pronto el cuerpo cristalizado y fraccionado de Anir se unió a la macabra alfombra de polvo crujiente.

—¿Y ahora? —preguntó Leda.

—Hay algo en lo que quiero pensar, Leda. Ven, vámonos de aquí.

Cruzaron el Lincoln Tunnel y se detuvieron junto a la salida. Del otro lado de aquella enorme vía de acceso se erigía el centro de Nueva York: Manhattan.

—Hay guardias —dijo Leda.

—Tenemos que deshacernos de ellos

—Deben saber que algo ha ocurrido a sus compañeros porque miran hacia aquí y tienen las armas dispuestas.

Jensen se sentó junto a la muchacha.

—Hay que conseguir pasar. Tenemos que llegar a la nave nodriza.

—¿A la nave? —preguntó Leda, espantada.

—Sí, hay algo que necesito saber antes de actuar.

—¿Qué?

—Ya te lo diré, y ahora ayúdame, he de poner en movimiento este automóvil.

Ajustó el freno de mano de un enorme coche y presionó el acelerador. Luego fijó la dirección y encendió el motor.

El coche saltó hacia adelante y se encaminó a gran velocidad hacia la salida del túnel.

Los morgos activaron sus extrañas armas y los haces convergieron sobre el vehículo. Antes de que pudieran destruirlo el coche había superado la entrada del túnel y allí explotó estrepitosamente.

La explosión alcanzó a tres morgos que cayeron al suelo envueltos en llamas.

Leda abatió a dos más con su fusil con silenciador y Richard alcanzó de un certero disparo al último de los morgos que procuraba huir de aquel infierno.

Corrieron hacia la entrada y salieron del túnel.

La inmensa nave quedaba oculta por los rascacielos, pero su presencia era ahora más hostil que nunca.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde —replicó Leda.

—Tendremos que aguardar a que oscurezca —dijo Jensen.

—Podríamos buscar alimentos, Richard, no hemos probado bocado desde que… —su voz se cortó y luego, con esfuerzo, se repuso nuevamente— desde que ocurrió todo esto.

—Buscaremos un supermercado.

Torcieron por la Undécima Avenida hacia el Norte, acercándose a la nave nodriza.

No les resultó difícil encontrar una tienda de alimentación y recoger suficientes provisiones envasadas que acumularon en las mochilas.

Continuaron hacia el norte hasta encontrar la calle 59 oeste y allí entraron a un alto edificio de viviendas. Subieron hasta la última

planta y se introdujeron en un amplio piso ricamente decorado. Sus dueños seguramente habían sido personas de mucho dinero y en el momento de la invasión no se hallaban allí, ya que no había polvo de vidrio en ningún sitio.

Comieron en silencio, como avergonzados de sentir un apetito tan prosaico, frente a la hecatombe monstruosa que había sufrido el planeta.

Pero el hombre es un animal entrenado para sobreponerse a casi todas las vicisitudes. Sufre, se enferma, enloquece, se suicida y mata, pero sobrevive.

Terminaron aquel almuerzo tardío y por primera vez desde que se enfrentaran a aquella espantosa realidad se sintieron relajados.

Leda desapareció del cuarto y cuando regresó a él estaba envuelta en una bata de tela de toalla que la cubría totalmente.

—Me he dado un baño de inmersión -—dijo como disculpándose —. Hemos de aprovechamos de cada minuto de vida que tengamos.

Su mirada resplandecía bajo su húmedo flequillo de mujer soldado.

Richard se puso de pie y avanzó hacia ella.

Cuando llegó a su lado la cogió del cuello y besó con suavidad sus labios entreabiertos.

Aspiró el aroma fresco de la mujer y un sentimiento extraño se apoderó de él.

Leda Martell no era solamente una mujer hermosa, inteligente y valerosa.

No era tampoco la mujer a la que había comenzado a amar casi insensiblemente.

Leda Martell era la única mujer.

Se sorprendió con aquella revelación. No había pensado en ello hasta ese momento y la abrazó con fuerza, como si pretendiera incorporar la tibieza maternal que anida en todas las mujeres a su súbita condición de único hombre.

Se despojó del traje plástico y su cuerpo desnudo y fibroso buscó en la desnudez de la muchacha el amparo que exigía su deseo.

Leda se sintió desbordada por la inquietud feroz del hombre y su piel se adaptó al reclamo creciente de su sangre.

Se unieron rápidamente, buscando con todo el cuerpo el paisaje repetido y maravilloso del último grito.

El placer los sumergió bajo su marea poderosa y tibia y se retiró suavemente como si temiera abandonar aquella escena tierna y solitaria.

* * *

El frío los obligó a separarse.

Se vistieron rápidamente, tiritando y felices.

—¿No habrá ningún resto de energía para hacer funcionar el sistema de calefacción? —preguntó Leda.

—No lo sé, pero en cualquier caso no tenemos tiempo. No nos quedaremos mucho rato en el mismo sitio,

—¿Qué te propones?

—He pensado en lo que nos dijo Anir antes de morir. ¿Recuerdas sus palabras? Dijo claramente que su especie está en peligro y que si no hubiesen podido cogemos por sorpresa no se hubieran atrevido a atacarnos. Creo que comprendo lo que en realidad quiso decimos.

Leda lo miraba cada vez más interesada.

Jensen prosiguió:

—Si hay dos mil colonizadores en las dos naves quiere decir que muy pronto comenzarán a distribuirse por todos los continentes. Aquí, en Nueva York quedan algo menos de mil morgos, y si nosotros atacamos sus patrullas y no nos dejamos coger tal vez podamos persuadirlos de que su especie corre verdadero peligro en la Tierra, aun cuando sólo hayamos quedado muy pocos supervivientes. ¿Entiendes mi idea?

Leda se puso de pie y se paseó por la habitación. Ahora comprendía por qué iba a luchar, cuál sería el objetivo de su esfuerzo y se sintió fuerte y dispuesta. Iban a tratar de recuperar la Tierra.

—Es una buena idea en sí misma, Richard.

—¿Qué quieres decir?

—Que es algo más que una idea; es un proyecto de supervivencia, y por otra parte, es nuestra única alternativa.

—Bien, entonces haremos lo siguiente. Estudiaremos los movimientos de los morgos durante un par de días y luego comenzaremos a exterminarlos sistemáticamente. Seremos una especie de guerrilla urbana mínima y eficaz. Atacaremos y nos

retiraremos. Haremos de Manhattan nuestro campo de batalla.

—¿Por qué necesitas ver la nave nodriza? —preguntó Leda recordando las palabras que Jensen había pronunciado poco antes.

—Porque si viven en la nave será más difícil nuestra tarea.

—¿Por qué?

—Porque no podemos destruir la nave. Ellos la necesitan para huir en busca de otro planeta más benigno. Pero si una parte de los morgos habita fuera de la nave, por ejemplo, en algún edificio, entonces podemos infligirles una derrota espectacular.

—¿Cómo?

—Haciendo volar parte del edificio.

Leda se miraba las manos, sumergida en aquel proyecto de exterminio, dubitativa ante la idea de eliminar en masa a aquellos seres, pero decidida a cumplir con el plan trazado para recobrar la Tierra.

—Escucha, cariño —dijo Richard—. Es imposible que los matemos a todos. Incluso es muy poco probable que podamos sobrevivir más de un mes si atacamos y huimos. Todavía no sabemos cuál es su tecnología, cuáles son sus métodos de detección. Pero recuerdo muy bien que Anir nos dijo: «…Sois los únicos supervivientes, no hemos detectado a nadie más en la ciudad.» Si no conseguimos atemorizarlos en el término de un mes estaremos vencidos; más tarde o más temprano acabarán con nosotros.

—Es cierto —convino la muchacha.

—Bien, creo que para empezar tenemos que aprovisionar seis o siete pisos en lugares estratégicos de Manhattan. Llevaremos allí armas, municiones y alimentos. Nunca atacaremos desde ellos y jamás estaremos más de dos días seguidos en el mismo lugar. Sólo los utilizaremos para repostar y descansar, a fin de no vemos obligados a hacer largas distancias luego de cada ataque. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. También podríamos preparar algunos depósitos simulados y controlarlos electrónicamente, a fin de distraerlos cuando regresemos a nuestro verdadero refugio.

—Sí, es una idea excelente.

—¿Cuándo comenzaremos a actuar?

—Creo que en una semana podremos prepararlo todo.

—¿No crees que en una semana pueden comenzar a dispersarse

por todo el continente?

—Tenemos que correr ese riesgo. No podemos iniciar la lucha sin tratar de equilibrar algo la inmensa desventaja en que nos encontramos.

—Me parece bien, pero con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó Jensen, asombrado.

—Comenzaremos mañana, esta noche quiero que tú y yo nos ocupemos de nosotros, después de todo parece que somos los encargados del nuevo génesis.

Cuando Richard abrazó aquel cuerpo maravilloso supo en toda su magnitud cuál era la empresa que habían iniciado.

CAPITULO VIII

El Cónclave Rector de la nave se había reunido con cierta urgencia.

Manur, el anciano morgo de piel oscura, presidía el cónclave.

A su alrededor, los comandantes de las pequeñas naves que la gigantesca nave nodriza llevaba acopladas a su estructura, se hallaban en silencio.

—Hermanos, hace ya seis días terrestres que no sabemos nada de los terrícolas supervivientes. Hemos perdido más de veinte de los nuestros y no hemos podido detectarlos. Se mueven muy rápidamente y conocen perfectamente la ciudad. Creo que están preparando algo importante.

Manur permaneció en silencio durante algunos instantes. El mes de noviembre había comenzado ya y su clima helado y ventoso sumió a la ciudad en una quietud casi fantasmal; bajo la nieve acumulada en las calles que nadie limpiaba, los coches semienterrados parecían patéticos islotes de una civilización vencida.

Y en realidad era así.

—Hermanos —la voz profunda de Manur volvió a resonar en el amplio salón del cónclave—, debemos hallarlos y exterminarlos. Veinte patrullas de cinco morgos cada una recorrerán planificadamente la ciudad. Antes de partir, Arlos nos hizo una advertencia. No podemos perder- más hermanos o nuestra especie terminará por extinguirse. Si no podemos con los terráqueos supervivientes no nos quedará más alternativa que proseguir nuestra búsqueda en el espacio.

—Manur —dijo Arlon, uno de los comandantes más jóvenes—, nuestros detectores no son eficaces en este clima. Hace más frío que el previsto para su funcionamiento. Será una búsqueda difícil y arriesgada.

—Lo sé, Arlon. Pero es nuestra única alternativa. Ellos no se han marchado de la ciudad; se han quedado a luchar. Están dispuestos a todo y no tienen otra alternativa. Nosotros estamos en desventaja. No podemos seguir perdiendo morgos en una batalla oscura y lenta.

Arlon asintió y bajó su larga cabeza gris.

—¿Alguna pregunta?

—No —replicaron todos.

—Bien, entonces sólo resta hallar a los terrícolas y exterminarlos.

Manur se llevó la mano al pecho y los comandantes replicaron del mismo modo.

La reunión había terminado.

* * *

Habían regresado al piso desde el que prepararan todo el plan.

Frente a ellos, sobre el Central Park, la inmensa nave nodriza parecía dormir mecida por el zumbido de sus poderosos motores.

Jensen había montado un poderoso telescopio con el que podían vigilar los movimientos de los morgos.

Ya estaban al tanto de la ocupación del edificio Getty y de la instalación allí, junto al costado este del Central Park, de lo que habían denominado el puesto de mando del contingente invasor.

Sobre la avenida Manhattan habían establecido dos refugios, uno en la calle 96 oeste y otro más al norte, en la calle 125 oeste.

Al otro lado del parque, sobre la avenida Madison, pertrecharon otros tres pisos con armas, municiones y alimentos.

Tenían rodeada la zona de mayor concentración de morgos y todos los pisos refugio se hallaban muy cerca del Central Park, a fin de poder utilizar sus caminos y sobre todo sus frondas para una eventual fuga en todas las direcciones.

Los pisos señuelos fueron elegidos del mismo modo, en las proximidades del parque y Jensen montó en ellos un dispositivo explosivo susceptible de ser explosionado por control remoto.

Todo estaba dispuesto.

Leda cogió dos de los seis fusiles que habían almacenado en el piso base de la calle 59, y les ajustó las miras nocturnas de rayos infrarrojos.

Aquella noche harían su primera incursión.

Salieron a la calle vestidos con trajes impermeables azules y armados con los fusiles y sendos revólveres Magnum.

—¿Iremos juntos? —preguntó Leda.

—Hoy sí, comprobaremos la eficacia de nuestro sistema.

Marcharon hacia la avenida Columbus y se apostaron en la segunda planta de un edificio de oficinas.

A quinientos metros, más allá del Centro Cultural de Nueva York, divisaron la patrulla de morgos.

Los cinco seres avanzaban por el medio de la calle armados con sus armas cristalizadoras.

—Parecen estar buscándonos, creo que han adivinado que estábamos preparando algo. ¡Mira allí! —exclamó Jensen.

Otras dos patrullas habían aparecido detrás de la primera y sus diez integrantes desaparecieron por calles transversales, perdiéndose de vista.

—¿Listo? —preguntó Leda.

—Sí, ¡ahora!

Dispararon rápidamente. Los morgos aparecían claramente en el visor de las miras. Los cinco cayeron abatidos.

Richard y Leda bajaron a la calle y corrieron hacia la estación de metro de la línea IND. Bajaron precipitadamente hasta las vías y huyeron por el túnel hacia el norte. A la altura de la estación de la calle 96 ganaron nuevamente la calle y se apostaron en un enorme supermercado.

Leda estaba silenciosa.

—¿Te ocurre algo?

—No puedo dejar de pensar en todo esto, es demencial. Ellos dueños de Nueva York y nosotros huyendo como ratas por los túneles del metro alfombrados de ese espantoso polvo de cristal… Es enloquecedor.

—Tranquila, muchacha —la calmó Jensen, acarician-de los cabellos de la joven—. El principio…

No pudieron continuar hablando.

La patrulla de morgos desembocó justo frente a los escaparates del supermercado.

Jensen alzó el fusil y disparó una corta ráfaga. Los cristales volaron hechos añicos y dos morgos cayeron abatidos.

Leda sólo tuvo tiempo de eliminar a uno de los oponentes antes de que los dos restantes buscaran refugio tras un coche.

—Movámonos —dijo Richard en voz baja.

Se desplazaron hasta el fondo del enorme almacén y allí salieron a un oscuro callejón.

—Ya está bien por hoy. Los dos sobrevivientes volverán a la base y darán cuenta de lo sucedido.

Anduvieron rápidamente por la calle hasta el refugio de la calle 96. Allí, frente a la entrada se detuvieron. La calle estaba desierta y, sin embargo, Jensen presentía algo.

—Aguarda —dijo Leda—. Creo que...

El zumbido de la nave los cogió desprevenidos.

Se arrojaron al suelo y rodaron bajo un enorme camión de residuos.

—¿Nos habrán visto? —preguntó la muchacha.

—-No creo, pero no podemos quedarnos aquí.

La nieve se había acumulado junto al camión, pero debajo de él había un espacio libre.

La nave se detuvo justo sobre ellos y permaneció vigilante.

—No podemos salir —dijo Leda.

Jensen extrajo la linterna de su mochila y cubriendo el posible resplandor del foco reconoció el sitio.

—Acércate, Leda.

—¿Qué has hallado?

—Una compuerta de acceso al sistema de desagüe.

Jensen abrió la compuerta y el haz de su linterna iluminó el conducto húmedo tres metros más abajo.

—Baja tú primero —indicó con un ademán.

Ella se introdujo en el agujero y descendió por la escalerilla. Richard la siguió y desde el interior volvió a colocar la compuerta en su sitio.

Anduvieron rápidamente por el lóbrego corredor. Al cabo de veinte o treinta metros se detuvieron.

Una explosión feroz conmovió el subterráneo.

El camión sobre el que se encontraran pocos minutos antes había estallado en mil pedazos.

Los ocupantes de la nave observaron su obra y luego se retiraron lentamente.

—Nos hemos salvado por muy poco —dijo Leda.

—Creo que tendremos que tomar mayores precauciones, muchacha. Y ahora regresemos al refugio.

No hubo más tropiezos en el camino de retomo.

Comieron en abundancia y se regalaron una botella de buen vino

del Rhin.

El frío era intenso y una nevada continua, suave y fantasmal se adhería a la ciudad muerta

Habían armado una tienda en medio del salón y allí dormían en sus sacos mullidos y confortables, aislados en parte de la bajísima temperatura.

—¿Qué clase de náufragos somos, Richard? —preguntó la muchacha con su hermoso rostro arrebolado por los efectos del vino.

—Náufragos urbanos —replicó él con una sonrisa.

* * *

Un zumbido suave los despertó sobresaltados.

Jensen le indicó que permaneciera en silencio y que recogiera las armas y la mochila.

En pocos segundos ganaron el corredor que comunicaba los pisos de aquel edificio y comenzaron a descender rápidamente por la escalera de incendios.

Se detuvieron un instante para recobrar el aliento y luego continuaron el descenso.

Al llegar a la planta baja, Jensen abrió la puerta del subsuelo del edificio. Rodeó la maquinaria de los ascensores y, cogido de la mano de Leda, salió al callejón que había tras él.

No había nadie a la vista.

—¿Dónde está? —preguntó la muchacha.

Como si aquellas palabras hubiesen constituido una misteriosa invocación, dos naves aparecieron volando muy bajo a unos cuarenta metros de ellos, sobre la fachada principal del edificio.

—¡Dios mío! —exclamó Leda.

—¡Silencio! —ordenó Jensen—. Todavía no nos han visto. Creo que han descubierto el piso donde estábamos.

—Pero ¿cómo? —preguntó la muchacha.

—No lo sé. Tal vez... Sí, eso debe ser. Deben tener un aparato que se guía a partir de las ondas de calor que despedimos.

—¡Pero si estamos a veinte grados bajo cero!

—Precisamente. Escucha, es la primera vez que armamos la tienda dentro de un piso. Hemos acumulado más calor que los días anteriores. Esa es la razón. En este paisaje gélido un foco de calor

debe ser tan claro como una señal de humo en un día de sol.

—¿Qué haremos ahora?

—Largarnos rápidamente. No creo que nos busquen piso por piso. Harán trizas todo el edificio.

Llegaron rápidamente a la entrada del metro y se hundieron en la oscura boca sin detenerse.

Por el subterráneo cogieron la dirección norte hacia el piso base de la calle 125 oeste. La terrible explosión fue elocuente. Acababan de perder el piso base de la calle 96.

Se asomaron por la boca del metro y vieron a lo lejos las altas llamas que crepitaban donde antes se erigiera el enorme rascacielos.

—Tenemos que continuar la lucha. Durante unas horas se sentirán más confiados. No les daremos tregua. Tal vez lleguen a pensar que se han equivocado y que somos más los supervivientes. Tal vez podamos convencerles si nos separamos.

—Es una buena idea —dijo Leda.

—Escucha. Yo iré por el costado este del Central Park. Tú te quedarás por aquí, cerca del piso base de la calle 125. Patrullarán los alrededores del parque. Debes disparar y retirarte. No busques muchas víctimas, sólo las necesarias para que piensen que somos varios. ¿De acuerdo?

—Sí.

Durante un instante se miraron a los ojos. Era la primera vez que se separaban y el temor espantoso de quedarse solos los amenazó durante una fracción de segundo.

Pero no había otra alternativa.

Vivían sumergidos en una continua situación límite y reaccionaron como soldados de una guerra imposible y desequilibrada.

Se besaron suavemente y se separaron.

—Dentro de dos horas nos encontraremos en el 125 —le gritó Jensen.

Ella asintió en silencio y se perdió en la helada oscuridad de la ciudad.

El Central Park era una masa negra y amenazadora. La nieve se había, acumulado día tras día transformándolo en una estepa irregular y abandonada.

El lago, otrora visitado por cientos de familias y chiquillos, era

una capa congelada que se confundía con aquella sabana inmensa y uniforme

Sólo- los árboles se erguían en su inútil altivez como un ejército mudo contra el cielo que empalidecía lentamente.

Jensen anduvo varias manzanas sin hallar a nadie. Por fin decidió internarse en el parque, abandonando las calles solitarias.

Caminó hacia el sur, bajo la poderosa mole de la nave nodriza.

Se sentía extrañamente seguro bajo la omnipotente presencia de aquel monstruo interestelar.

Entonces los vio.

Eran veinte morgos agrupados. Parecían estar recibiendo instrucciones de uno de ellos. Iban armados y enfundados en sus característicos monos azules de material flexible.

Jensen detuvo la marcha.

Miró el cielo que comenzaba a clarear y aguardó inmóvil.

No tenía demasiado tiempo, tal vez media hora, tal vez menos.

Los morgos se dividieron en cuatro patrullas y partieron en direcciones diferentes.

Cuando se hubieron separado una cincuentena de metros, Jensen se llevó el fusil a la cara y comenzó a disparar.

Abatió a dos de la patrulla más cercana antes de que los demás pudieran reaccionar.

Disparó sin causa sobre los oíros tres y los vio caer antes de abandonar su posición y correr en pos de la segunda patrulla.

Repitió la operación.

Un haz relampagueante surcó el aire a unos cuatro metros de donde él se encontraba y calcinó una enorme conífera.

Jensen continuó disparando hasta que el último morgo se desplomó sobre la nieve helada.

No podía continuar allí. El impacto de aquel rayo sobre el árbol debía haber alertado a los demás.

Mientras corría hacia la Avenida Madison escuchó la carrera de los morgos a su espalda. Regresaban al sitio donde se había producido la breve batalla.

Jensen saltó la valla que rodeaba el parque y cayó cuerpo a tierra del otro lado.

Se volvió justo a tiempo.

Dos morgos venían tras sus huellas. Sus pisadas eran

perfectamente visibles en la nieve blanda.

Apuntó al primero y disparó.

El extraterrestre cayó fulminado y el morgo que le seguía tropezó con él. Richard lo abatió y continuó su carrera.

Volvió a detenerse tras unit fila de coches semienterrados en la nieve. Se arrastró hacia el norte durante varios minutos procurando dejar el menor rastro posible.

Tres morgos surgieron a su izquierda, a unos veinte metros, buscando desesperadamente al causante de aquella masacre.

No podía recargar el fusil.

Introdujo la mano bajo el traje forrado y extrajo el Magnum.

El enorme silenciador del revólver era casi tan largo como la propia arma.

Apuntó al grupo y disparó dos veces. El primer morgo saltó hacia atrás con el pecho destrozado. Los trozos de su cuerpo salpicaron al segundo invasor, que detuvo su carrera. El tercer morgo cayó con la cabeza despedazada.

Richard continuó arrastrándose, cambiando continuamente de posición.

Tenía que llegar a la línea del metro IRT, que corría por el lado este del parque. Era su única posibilidad. El día ya comenzaba a levantarse raudo y luminoso.

El morgo sobreviviente venía tras él, aunque todavía no lo había visto.

Disparaba su extraña arma al azar y los coches explotaban como globos incendiarios cuando aquel haz fulminante alcanzaba los depósitos de gasolina.

Jensen apoyó el Magnum en su antebrazo izquierdo y apuntó con paciencia. Estaba a unos cuarenta metros del invasor y era un blanco difícil.

Disparó dos veces y el morgo pareció estallar en el aire.

Jensen no se detuvo a presenciar la cabriola mortal de su enemigo. Corrió desesperadamente hasta la estación de metro de la calle 96 este y se zambulló en la oscura protección del túnel.

Siguió corriendo por las vías muertas del metro sorteando los trenes detenidos y destrozados. Bajo sus botas podía sentir el sonido chirriante del polvo de cristal.

CAPITULO IX

Leda comprobó la munición de su fusil y rodeó el predio de la catedral de San Juan hasta alcanzar la Avenida Ámsterdam. Iba de prisa, sorteando los automóviles enterrados en la nieve, sepultados por la impunidad de la tormenta.

Sus pasos se marcaban perfectamente en la nieve y aun cuando era peligroso no podía hacer nada por evitarlo. Tenía que encontrar a algún morgo, una patrulla, y enfrentarlos. Era el único modo de convencerlos de que la resistencia continuaba, que no se darían por vencidos, que a pesar del exterminio sorpresivo y brutal, estaban dispuestos a combatirlos.

El sol comenzaba a revelar la ciudad inmóvil.

El viento y la nieve eran los únicos signos dinámicos en la geografía detenida de Nueva York.

Se enfrentó a la Universidad de Columbia y la visión del campus desierto la llenó de amargura.

Fue solamente un instante de distraimiento, pero resultó suficiente.

El disparo del morgo rozó su mochila y la arrancó de sus cuerdas de amarre.

El golpe la arrojó al suelo. A pocos pasos de ella la mochila ardía rápidamente.

Leda giró sobre su cuerpo y continuó girando hasta que quedó a cubierto tras la pequeña escalinata de acceso a uno de los edificios de la universidad.

No habían vuelto a dispararle, pero podía intuir la proximidad del enemigo.

Pensó rápidamente y decidió su táctica.

Se quitó el traje forrado de color azul y el frío la atravesó como un estilete helado.

Llevaba solamente un delgado jersey y largas medias de lana. Tenía el aspecto de una bailarina enloquecida en medio de aquella estepa blanca.

Llenó el traje vacío con nieve fresca y cerró la cremallera.

No tenía tiempo que perder.

Levantó lentamente aquel muñeco prefabricado y aguardó el impacto.

Sintió que una onda invisible se apoderaba del monigote y que éste comenzaba a arder rápidamente a pesar de su contenido. La nieve se licuó en su interior y fue absorbida por el suelo helado.

Giró sobre su cuerpo, rodeó el edificio y entró a él por la puerta trasera.

El interior se hallaba tan helado como el exterior.

Cogía con fuerza el fusil contra su pecho y podía sentir —a pesar de la conmoción del momento— el temblor convulsivo de su cuerpo aterido.

Se aproximó con infinita precaución al ventanal del frente y miró a través del cristal el sitio donde todavía ardía su traje.

Dos morgos estaban a pocos pasos de allí observando con atención el final de su enemigo.

Había tres más, a unos cincuenta metros de los primeros, que observaban en todas direcciones.

Leda apuntó con su fusil y disparó -una corta ráfaga. Los dos morgos se desplomaron sin vida.

Levantó nuevamente el arma y disparó otra ráfaga hacia el resto de la patrulla. Uno de ellos cayó fulminado y los otros dos se echaron al suelo.

Regresó rápidamente a la salida trasera y corrió como una posesa alejándose del edificio.

Llegó a la Avenida Manhattan y se detuvo a recobrar el aliento.

Nadie la había seguido, pero sus huellas eran marcas evidentes sobre la nieve.

Continuó su camino hacia el norte en busca del piso base de la calle 125. Estaba muy cerca, sólo doscientos metros más y podría sentirse momentáneamente a salvo.

Tenía que procurar no dejar huellas en el último tramo, tal vez consiguiera despistar a sus perseguidores si se arrastraba entre los coches, junto al sepultado bordillo de la acera.

Se echó de bruces y recorrió cuarenta metros sobre sus codos y rodillas. La marca que su paso dejaba en la nieve podía deberse a cualquier cosa.

Sentía el jersey empapado y las medias de lana húmedas y frías.

Los dientes castañeteaban enloquecidos y descontrolados y su

piel comenzaba a entumecerse.

Levantó el rostro y miró hacia adelante.

Una patrulla de cinco morgos le cerraba el paso, cien metros más adelante.

No la habían visto.

Se apartó de su camino y llegó al portal de una conocida casa de modas.

Entró rápidamente y se dejó caer junto a la puerta. Necesitaba entrar en calor o no podría disparar el fusil.

El tiempo era también su enemigo.

Se despojó de sus ropas empapadas y buscó prendas secas. Un jersey grueso cubrió su torso magnífico, unos pantalones de lana envolvieron sus piernas entumecidas. Se echó sobre los hombros una chaqueta de piel de nutria y enfundó sus manos en guantes forrados. El magnum pendía bajo su axila izquierda.

Friccionó durante un par de minutos su cuerpo y sintió que la sangre recobraba su ritmo normal.

Cogió el fusil y regresó junto al portal.

La patrulla de morgos se había detenido a cincuenta metros de allí y parecían discutir algo.

En el otro extremo de la calle, así a la misma distancia avanzaban los dos supervivientes de*. la lucha en la universidad de Columbia.

No cabía la menor duda. Sabían que ella estaba muy cerca y se disponían a trazar un plan para atraparla.

No podía darles tiempo a que se pusieran de acuerdo.

Apuntó a los cinco morgos y lanzó una ráfaga en abanico con su fusil. Repitió la descarga dos veces más y luego, sin comprobar el resultado de su ataque, trepó rápidamente por las escaleras interiores de la gran tienda y subió hasta la segunda planta.

Eligió una ventana alejada del centro del edificio y observó cautelosamente. En la calle había cuatro morgos inmóviles, despatarrados sobre la nieve. El quinto componente de la patrulla se arrastraba con dificultad hacia el edificio más próximo.

Apuntó y disparó.

El invasor dio un brinco y quedó quieto.

Leda volvió a apuntar al cuerpo inanimado dispuesta a no correr riesgos, pero el percutor del fusil dio en el vacío.

No tenía municiones.

Comprendió aterrorizada que el resto de proyectiles de reserva se habían perdido junto con su mochila.

Extrajo el poderoso Magnum de su funda y lo empuñó con decisión.

No era el arma ideal para enfrentarse a los dos morgos que quedaban, pero defendería su vida hasta el último instante.

Pensó casi inconscientemente en Jensen. Había escuchado una explosión poco antes de llegar al predio de la catedral de San Juan.

¿Lo habrían matado?

Tomó consciencia de que esa idea había cobrado forma en su cerebro durante toda la lucha con los morgos, pero que su sentido de conservación había eludido pensar en ello.

Ahora el frío filo de la muerte, de la soledad total, la invadió sin misericordia.

Un sollozo brutal se enquistó en su garganta.

Entonces sintió los pasos.

El temor, la angustia, la fatalidad, todo desapareció de su espíritu de combatiente entrenada y aferró con fuerza el poderoso revólver.

Alguien había entrado a la tienda.

Tal vez pudiera repetir la operación inicial, cuando ella y Richard abatieran a los primeros invasores en la tienda de deportes.

¿Por qué no?

Buscó dos maniquíes y los enfrentó a la escalera de acceso.

Era una escena trágicamente ridícula. Dos maniquíes enfundados en costosísimos abrigos de piel de zorro tratando de impedir desde su inerte sofisticación que dos seres extraterrestres acabaran con la última mujer.

Los dos morgos aparecieron a la vez. Uno junto al otro. Cuando vieron los dos maniquíes alzaron sus armas» pero las bajaron antes de disparar.

Leda escuchó que uno de ellos emitía un extraño sonido y que el otro asentía.

Disparó cuatro veces. El poderoso retroceso del Magnum le impidió hacerlo con toda la rapidez que hubiese deseado, pero fue suficiente. Los morgos desaparecieron de su vista; empujados brutalmente por el impacto de los proyectiles.

Leda se incorporó y corrió hacia la escalera. Saltó sobre los

cuerpos destrozados de los invasores y ganó la calle.

No había nadie a la vista.

Echó a correr hacia el norte.

Había comenzado a nevar intensamente y los copos enormes y densos borraban rápidamente sus huellas.

Cuando llegó al edificio de la calle 125, evitó la entrada principal y lo rodeó para entrar por la parte trasera. I

Subió casi volando las escaleras y entró como una tromba al piso base.

Jensen bajó el fusil cuando vio que se trataba de ella.

CAPITULO X

Leda se abrazó al hombre. Lo rodeó con sus brazos y se apretó a su pecho amable.

—¡Dios mío, no creí volver a verte! —exclamó junto a su boca y el aliento tibio de la mujer jugó con los labios de Jensen antes de que el beso los reuniera todavía más profundamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Richard.

Leda temblaba inconteniblemente. Luego de aquella loca carrera contra el tiempo y la muerte absurda había comprendido finalmente que todo el horror de la pérdida de la humanidad se había transformado en un miedo ciego a la pérdida del último hombre.

Su hombre.

—Escucha, pequeña, no me digas nada. Sólo escucha lo que he pensado —dijo Jensen, abrazado al cuerpo tembloroso de la mujer que amaba.

Leda levantó el rostro hacia él.

—No podemos detenernos. Nos buscarán sin pausa y finalmente darán con nosotros. No tenemos la menor posibilidad de proseguir con esta guerrilla demencial. Hemos de dar el golpe final.

—¿El golpe final...? —preguntó ella y sus pupilas inmensas se apagaron ante la certeza de que efectivamente el tiempo jugaba en su contra.

—He pensado algo —dijo Jensen.

—¡Es que nunca terminará esta pesadilla! —gritó Leda al final de su capacidad de resistencia.

Jensen la cogió de los hombros con firmeza y la besó furiosamente.

Leda reaccionó y su respiración se hizo menos violenta, su rostro recobró una expresión calma y el cuerpo vibrante y hermoso se relajó lentamente.

—Discúlpame; te escucho —dijo por fin.

—Será difícil, muchacha; pero no tenemos más opciones. No podemos quedamos en ningún piso base, nos detectarían en cuanto consiguiéramos crear algo de calor humano en esta heladera otoñal.

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Este es el plan —prosiguió Jensen—. Haremos explotar los pisos señuelos y cuando distraigamos su atención incendiaremos el edificio Getty. Es allí donde han montado una especie de cuartel general Será el golpe decisivo. Si fracasamos dudo que podamos sobrevivir una semana más. Si triunfamos entonces se irán en su gran nave nodriza. Si a pesar de todo deciden quedarse…

Ella no le permitió terminar la frase, le tapó los labios con sus dedos delgados y firmes

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hoy mismo, esta noche —replicó Jensen.

* * *

Acumularon todo el explosivo en dos mochilas y aguardaron la noche.

La tormenta de nieve se ensañaba con la ciudad silenciosa y hacía prácticamente imposible toda visibilidad.

—Vamos —dijo Jensen—. Ya es la hora.

Salieron al frío polar de la calle y marcharon hacia la boca del metro del lado este del Central Park, que comunicaba con la línea IRT.

Anduvieron sigilosamente por el túnel hacia el sur en busca de la salida más próxima al edificio Getty.

Salieron a la superficie en la calle 61 y Madison.

La noche era muy oscura y el cielo parecía haberse esfumado en la noche más inmensa del espacio ínter-galáctico, la misma noche en la que habían llegado los invasores.

Sólo los copos de nieve, pálidos y continuos, arrastrados por el viento feroz del Atlántico, acompañaban a los dos últimos terrícolas en la misión definitiva.

—No parece haber nadie a la vista —dijo Leda.

—No te fíes de ellos y ten el fusil dispuesto.

Entraron al subsuelo del edificio Getty por el sistema de cloacas. Junto a la maquinaría de los enormes ascensores quietos había una pequeña puerta que comunicaba con el depósito de petróleo que proporcionaba la energía suficiente para calefaccionar el enorme rascacielos.

—Haz estallar las cargas de los pisos señuelo —dijo Richard.

Leda extrajo un pequeño artefacto de control remoto y pulsó los seis botones previstos.

Escucharon las explosiones y minutos después un gran alboroto junto al edificio y el área ocupada por la enorme nave nodriza.

—Rápido, no hay tiempo que perder —la animó Jensen.

Dispusieron las mochilas con explosivos junto a las compuertas de limpieza del depósito de combustible y activaron el mecanismo de relojería.

—¿Listo? —preguntó Leda.

—Listo, tenemos cinco minutos para escapar de aquí antes de que esto se convierta en un infierno.

Dejaron abiertas las puertas que comunicaban con la maquinaria de los ascensores. El fuego treparía por el hueco de los montacargas y ascensores convirtiéndolos en una chimenea del averno.

Regresaron a la calle por el sistema de cloacas y salieron sigilosamente.

La gran nave nodriza estaba tenuemente iluminada y en la puerta principal del edificio Getty había varios grupos de morgos armados.

—Larguémonos de aquí. Sólo quedan dos minutos.

Utilizaron la red del metro para llegar al primer piso base desde el cual podrían observar el efecto de la operación.

El edificio de la calle 59, donde estaba el piso base, sólo se hallaba a una distancia de doscientos metros.

Cuando se encontraban todavía en la boca del metro sintieron la horrible explosión.

La onda expansiva hizo vibrar los cimientos del túnel y tuvieron que detener la marcha para evitar caer al suelo.

—Ya está —dijo Jensen.

Salieron a la calle y comenzaron a correr en dirección al edificio.

Jensen iba delante y de pronto se detuvo y sujetó a la muchacha que iba pegada a su espalda.

Se llevó el fusil a la cara y disparó varias veces. Leda se unió a los disparos.

La patrulla que regresaba al edificio Getty cayó fulminada ante la puerta misma del edificio al que se dirigían.

Subieron rápidamente hasta la última planta, casi sin notar el tremendo esfuerzo físico.

Jensen dejó el fusil en el suelo y abrió las cortinas.

El espectáculo era espeluznante.

El enorme edificio Getty ardía como una tea y las llamas escapaban de los cientos de pequeñas ventanas como lenguas vivas v ardientes.

Con el telescopio recorrió toda el área. Los morgos se reunían debajo de la gran nave nodriza y eran izados a ella en grandes plataformas transparentes.

Ninguno de los dos se atrevía a hablar. No querían anticiparse a los resultados de aquel operativo final.

Las figuras patéticas y grises, delgadas como extraños juncos orgullosos, parecían juguetes que ascendían al cielo en escaparates móviles.

A la luz de las llamas el espectáculo cobraba un aspecto fantasmagórico.

Leda se había abrazado a Jensen y miraba fascinada aquel éxodo ordenado y eficiente.

Las patrullas continuaban llegando y eran rápidamente devoradas por el vientre oscuro de la nave nodriza.

Finalmente ya no hubo más morgos en tierra.

Un zumbido creciente y doloroso agitó la ciudad y reventó los cristales de los edificios más próximos.

Richard y Leda se taparon los oídos, doblados de dolor, aunque sin poder apartar la vista de la extraordinaria escenografía final.

La nave nodriza con su carga de morgos se elevaba lentamente en la noche helada de Nueva York.

Abajo, la ciudad parecía indiferente a aquel último acto, erguida y oscura, con su carga de espantosa soledad.

El polvo de cristal había sido sepultado por la nieve y sin embargo, Jensen y Leda podían intuirlo en cada rincón de Manhattan, esparcido por el aullido del viento.

Miraron la enorme mole interestelar hasta que su silueta cilíndrica y titilante desapareció en el cielo oscuro. '

—¿Crees que se han ido definitivamente? —preguntó Leda.

—No lo sé. Lo único cierto es que este asalto lo hemos ganado nosotros.

Cerraron las cortinas y durante largo rato observaron en ellas, al trasluz, el dibujo caprichoso de las altas llamas doradas.

Armaron la tienda en el salón alfombrado y se introdujeron en

ella como sofisticados supervivientes de una nueva edad de piedra.

Leda se desnudó en silencio, sometida a la excitación de un triunfo que llevaba implícito una tarea todavía más compleja, la tarea de iniciar el segundo génesis.

Cuando Jensen se hundió en su cuerpo cálido, el lejano zumbido de la nave nodriza se apagó más allá de la tormenta, en el pozo insondable del espacio exterior.

FIN